



LA BATALLA DE PAVIA.

Uno de los hechos de armas mas gloriosos y que mas ilustran las páginas de la historia militar de España en los tiempos modernos, es sin duda la memorable batalla de Pavia, en que vencido y derrotado el ejército Francés al pie de aquellas murallas defendidas de sus embates por espacio de tres meses por el valor de su invicto defensor Antonio de Leiva pereció allí gran parte de la primera nobleza de Francia, y fué hecha prisionera otra con su Rey Francisco I, á quien vió tambien Madrid entrar por sus puertas, pasar por sus calles y ser encerrado en la torre de Luján, tan notable y conocida, no solo de sus habitantes y regnicolas sino de los estrangeros, por la gloria Española de aquel real depósito de guerra.

Luego que llegó á Madrid el extraordinario conductor de la noticia de la insigne batalla, atravesando por París con pasaporte del ilustre prisionero, se redactó, imprimió y circuló inmediatamente de orden del gobierno una relación de aquel fausto acontecimiento, con espresion nominal de un grandísimo número de caballeros franceses mas notables muertos y prisioneros, principiando por el Rey Francisco.

La batalla se dió el día 24 de febrero de 1525, y la nueva llegó á Madrid el 40 de marzo; y en los siguientes hubo de verificarse la publicación de la *Relación*, pues que no espresa el día ni lugar de la impresión; en lo cual eran menos atentos nuestros antiguos que en la sustancia y realidad de las cosas.

Como entonces no se conocia tampoco Gaceta ni otro uso de imprenta periódica, se imprimió la *Relación* como cosa extraordinaria segun pedía la grande-

za del suceso, ocupando siete hojas y media en 4.^o timbreada con el gran escudo de armas del emperador y rey Carlos V, que casi llena la primera plana. De este documento singular, por su naturaleza volante y perdidizo, y que no le contienen ni citan, tal cual es, las historias aun nacionales (bien que en la suya del mismo Emperador habla del suceso Sandoval muy detalladamente, cuanto muy por encima el celebrado Robertson), no tenemos noticia que exista otro ejemplar que el que posee un amigo nuestro y es el que literalmente estampado copiamos á continuación, como un modelo de la veracidad y mesura de los partes, en que conforme al carácter de los verdaderos valientes, solo se trataba de narrar sucintamente dejando hablar á los hechos. Compárense con ese gran modelo de modestia de gloria militar, nuestros modernos partes en que los mismos interesados califican de dias gloriosos para su patria aquellos en que se mezclan en cualquiera de esas raquíticas escaramuzas de nuestras discordias civiles!

RELACION DE LAS NUEVAS DE ITALIA.

Sanado de las cartas que los capitanes y comisario del Emperador y Rey nuestro Señor han escrito á Su Magestad, así de la victoria contra el Rey de Francia como de otras cosas allí acaecidas; vista y corregida por el señor Juan Chanciller y Consejo de Su Magestad.

Luego que el duque de Borbon, lugar teniente general del Emperador en Italia, llegó á la ciudad de Lodi, donde el visorey de Nápoles y marqués de Pescara estaban con la gente que trajo de Alemania, y llegó asimismo la que el señor Infante archiduque de

Austria envió el ejército del Emperador, salió en campo con intención de descercar á Pavia, que el Rey de Francia en persona había mas de tres meses tenía cerada, y siguiendo su camino vinieron sobre un castillo llamado Sant Angelo, el cual los enemigos pensaban defender. Y en un día á vista del Rey de Francia que no los osó socorrer habiéndoles prometido de hacerlo, lo combatieron y tomaron por fuerza, y mataron y prendieron dentro del setecientos infantes y trescientos caballos lijeros y cincuenta hombres de armas: entre los cuales fueron presos veinte personas principales italianos que estaban en servicio del Rey de Francia: los seis de la casa de Gonzaga en que había un hermano y un sobrino de Fe-

derico de Bozulo: de allí el ejército del Emperador vino alojar á vista del ejército del Rey de Francia pensando que salieran á la batalla como había prometido hacer; pero el Rey retrajo su ejército dentro del parco de Pavia: y aunque tenía mas gente que los nuestros no quiso salir á la batalla creyendo que los nuestros no le osáran acometer en su fuerte, y que entre tanto no pudiendo entretener el ejército por falta de dineros, de que sabía estaban harto mal proveidos, serian forzados de hacerlo, y él saldría con su empresa, no solamente de Lombardia mas del reino de Nápoles donde había enviado al duque de Albania con seis mil infantes y cuatrocientas lanzas gruesas allende de la gente que los vecinos para aquella em-



El Emperador Carlos V.

presa de Nápoles le habían prometido. Así estuvieron veinte dias los unos á vista de los otros escaramuzando, así los ejércitos unos contra otros como en otras partes del ducado de Milan y en salidas que la gente que en Pavia estaba hacían con mucho daño de los enemigos; en que una vez quitaron á los grisonés el aposento que tenían en el Burgo de Sant Salvador: y les tomaron tres piezas de artillería y otras cosas en valor de doce mil ducados de oro, y los desbarataron con muerte de muchos dellos. Así mismo otro dia dieron sobre el aposento de los aventureros franceses, y mataron muchos dellos, y llevaron no pocos valor que de los grisonés. Ovieron tambien otro encuentro con Juanin de Médicis y su gente, y la desbarataron; y muy mal herido de un tiro de escopeta se fué á curar á Placencia: por otra parte la guarnición que estaba en Alejandría desbarató dos mil infantes y cierta gente de caballo que iban al campo del Rey de Francia. Asimismo por otra parte siendo el duque de Milan con cierto número de gente venido á Lodi para tentar de entrar en Milan, Juan Ludovico Palavicino, capitán del Rey de Francia viendo que Crémona quedaba desproveida vino

con mucha gente pensando tomarla; pero el duque de Milan siendo de esto avisado envió luego á Alejandro Bentivolo para que socorriese á Crémona; y con esto luego el dicho Juan Ludovico Palavicino se retiró en una villa llamada Casal Mayor, donde le siguieron; y tomada dicha villa por fuerza fué preso él y otros capitanes y personas principales que con él iban. De manera que siempre la parte del Emperador hacía alguna cosa señalada contra los enemigos por atraerlos á la batalla, la cual el Rey de Francia rehusaba esperando que los nuestros no podrian entretener el ejército, ó que si lo acometiesen podrian pelear mucho á su ventaja; y aunque los capitanes del Emperador ganaban cada dia honra, y la pudieran así continuar con daño de los enemigos; pero considerando el mal aparejo que tenían para entretener su ejército, postpuesto todo peligro, confiando solamente en Dios, que siempre ayuda á la justicia, y en el esfuerzo con que toda la gente se ofrecía á la batalla, que es buena señal de victoria, determinaron de ir á buscar al Rey de Francia en su fuerte, y darle batalla: con esta determinación que á los principales capitanes del ejército pareció muy bien, con-

certaron con Antonio de Leiva que estaba dentro en Pavia, para que él por la otra parte á un mismo tiempo diese en los enemigos; aunque esto les era har- to dificultoso por los muchos reparos y tranchéas que entre la ciudad y entre el campo del Rey de Francia avia. Y viernes veinte y cuatro días del mes de fe- brero dos horas antes del día el marqués de Pescara fué á romper un muro del parco de Pavia, que esta- ba entre los dos ejércitos en que los franceses mucho fiaban pensando entrar por allí, y con la noche to-

mar los enemigos de sobresalto: por otra parte, fué el marqués del Guasto con tres mil infantes alema- nes y españoles á ganar una casa llamada Mirabel, que estaba dentro del parco de Pavia, donde la mayor parte de la gente de armas francesa estaba alojada, para que nuestra gente pudiese también por aquella parte entrar: pero como el muro que el marqués de Pescara avia de derrivar fuese muy recio, aunque en ello pasó mucho trabajo, no lo pudo derrivar fasta que fué de día: de manera que el diseño que llevaban



Francisco I.

de combatir de noche no pudo aver efecto: pero el marqués del Guasto por la otra parte combatió la casa de Mirabel, y la tomó por fuerza con mucho daño de los enemigos. Y luego el ejército imperial comenzó de entrar en el parco; y porque ya los enemigos tenían aderezada su artillería, y comenzaban de tirar muy recio, fué necesario que nuestra gente camina- se mucha prisa, haciendo una vuelta para venir á la parte donde el artillería enemiga no les hiciese daño; y desta manera no pudieron llevar con ellos mas de tres piezas de su artillería: los franceses vien- do ir nuestra gente de aquella manera, pensando que iban desbaratados y huyendo, caminaron á mucha prisa hácia ellos: el marqués de Pescara recogió toda la infantería alemana y española en un bajuelo donde el artillería no les podía hacer daño, y hallá- ronse de manera que el avanguardia del Empera- dor estaba en frente de la batalla francesa, y la ba- talla imperial donde venía el duque de Borbon se ha- lló en frente de la avanguardia francesa: de manera

que el marqués de Pescara que estaba en la avan- guardia con la infantería, viendo que los enemigos se acercaban envió á decir al visorey de Nápoles que estaba con el avanguardia de la gente de armas si le parecía que habia de romper con los enemigos, pues lo tenían tan cerca. El visorey respondió que sí, y luego el mismo visorey muy animosamente acometió la gente de armas de la batalla enemiga, aunque la suya con gran parte no era tanta; pero el esfuerzo que el ánimo de su capitán viéndole ir delante les daba era mucho mayor: y á un mismo tiempo el du- que de Bordon con la batalla dió sobre el avanguar- dia enemiga, y combatían todos con tanto ánimo que bien parecía que Dios les acrecentaba las fuerzas pa- ra vencer, por el deseo que todos al servicio del Em- perador tenían. Ayudóles también mucho la escoper- tería española que el marqués de Pescara puso por el lado que hizo mucho daño en los enemigos: en esto llegaba ya la infantería enemiga en dos escuadrones, uno de boyzos y otro de alemanes. El marqués de

Pescara con los alemanes y con sus coroneles y capitanes, todos gente muy esforzada, arrojó á los sayos, y el marqués del Guasto con los españoles á los alemanes enemigos: por las espaldas salió de Pavía Antonio de Leyva con doscientos hombres de armas y cinco mil alemanes y seis piezas de artillería. Y no contento del daño que en los franceses el tiempo que lo tuvieron cercado avia hecho, vino á romper la puente que sobre el Tesin tenían para que los enemigos no se pudiesen salvar huyendo. Y hecho esto volvió sobre los enemigos, y los acometió muy esforzadamente, como aquellos que ya tenían esperanzas de sus fuerzas. De manera que á un mismo tiempo, la gente de armas francesa de la imperial, y los sayos de nuestros alemanes y los alemanes enemigos de nuestros españoles fueron milagrosamente desbaratados; y tomando por mas seguros los pies para huir, que las manos para se defender, se pusieron en huida. Y los nuestros siguiendo la victoria mataron muchos de los enemigos: otros por huir hallando la puente rompida se ahogaban en el Tesin, y otros quedaron presos: de suerte que muy pocos pudieron escapar especialmente de las personas principales, que escriben no aver escapado ninguno. D. Fernando de Castrionte, marqués de Civita Sant Angelo, yendo hácia el Rey de Francia para acometerlo, el mismo Rey le dió una estocada por la vista que llavaba alzada, y cargaron luego sobre él todos los caballeros que con el Rey estaban; y diéronle tantas heridas que luego murió. Allí acudió mucha de nuestra gente, y mataron el caballo al Rey de Francia, y caído en tierra los alemanes lo querían matar; pero él temiendo de la muerte dió voces diciendo que no lo matasen que era el Rey de Francia; y en esto sobrevino el visorey de Nápoles, y le salvó la vida tomándolo en prisión: fué herido en la cabeza, aunque no peligroso, y despojado hasta el jubon. El visorey de Nápoles le hizo vestir el sayo de armas que él traía vestido, y cabalgar en un caballo; y así lo llevó al castillo de Pavía.

(Concluirá.)

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

¿Debe haber en Madrid exposiciones anuales de bellas artes? Tenemos suficiente número de verdaderos artistas para surtir todos los años de obras dignas de presentarse á los ojos del público, las salas de la Academia de S. Fernando, ú otras que al efecto se elijan, lo cual (y sea dicho de paso) sería muy preferible? En nuestro sentir la contestacion no puede ser dudosa: una exposicion cada dos años sería muy suficiente. Así podría la comision examinadora ser un poco mas severa con las obras presentadas, y no conceder su visto-bueno á tantos indecentes mamarrachos como deshonran todos los años la exposicion; así sería esta mas abundante de obras buenas, mas variada, y en todos conceptos, mas digna de una capital; así podrían apreciarse los progresos hechos por los artistas de una exposicion á otra. Este método en fin ofreceria otras muchas ventajas; escusado es añadir que no esperamos que se adopte.

En pocos años ha sido mas evidente que en este ia conveniencia de que se deje pasar algun mas tiempo entre exposicion y exposicion: pocas hemos visto tan mezquinas como la presente y en poquísimas en ninguna tal vez, ha rayado tan alto como en esta la indulgencia de la susodicha comision examinadora. Véase en particular ese *pato* de la Academia!.. Y á propósito ¿qué idea ha sido esa de colocar en él, en tan mala compañía, el cuadro del malogrado jóven Utrera, cuya reciente pérdida lloran los amigos de las artes? Esa composición ya muy conocida y apreciada del público, merecia un lugar mas distinguido. Pero examinemos ligeramente la exposicion de este año.

Empezamos por la sala llamada del trono, y en ella, como es natural, por las dos bellas obras que se

han dignado presentar SS. MM. la Reina Doña Isabel II y su augusta madre. A ambas obras, por respeto y por justicia, solo nos corresponde tributar sinceros elogios. Elogios merece tambien el noble pensamiento que ha impulsado á las dos reales Señoras á asociarse, desde los esplendores del Solio, á la gloria, á los trabajos y á las esperanzas de la via artistica. Entre los estímulos que pueda la majestad real dispensar á las bellas artes, eso es tal vez el mas eficaz y el mas lisongero para los que las cultivan, porque ese linaje de generoso estímulo ennoblece mas y mas una profesion ya muy noble. Tambien las Reinas esponen sus obras al público para que las juzgue; tambien se honran con el hermoso título de artistas!

Descuella junto á las obras de SS. MM. que son, la de la Reina, una excelente copia de Murillo, y la de su augusta Madre, una copia no menos excelente de Giorgione, varios magníficos retratos de D. Federico de Madrazo, de esos retratos vivos cuyo secreto posee este gran pintor tan querido del público, y que, como los de Velazquez y Van-Dick, serán, andando los tiempos, preciadísimos cuadros, hoy que tenemos delante á los originales, aduáranos en esos retratos su perfecto parecido; pero cuando con el transcurso de los años desaparezca ese mérito ó no sea á lo menos perceptible á los ojos del espectador, quedarán en ellos las cualidades que desde ahora les reconocen los inteligentes, cualidades que han dado una vida inmortal y un enorme valor á los de los eminentes maestros antes citados:—Tales son un dibujo correcto y elegante, un colorido inmejorable, y sobre todo esa *verdad* artística, que es el sello distintivo del verdadero genio. Los apasionados del Sr. Madrazo lamentan que este talento privilegiado dedique principalmente su pincel á hacer retratos: nosotros preferiríamos tambien que pintase cuadros de historia sagrada y profana, pues en ellos desplegaria, como lo hizo en sus grandes composiciones de *Godofredo* y *las Marias*, dotes de que no son susceptibles los retratos; pero todavia creemos que estos, como los comprende el Sr. Madrazo, ofrecen ancho campo para ganar fama duradera. Véase por ejemplo el del Duque de Rianzares que ha presentado este año: recuérdese el que presentó en 1844 del malogrado Duque de Osuna: ¿quién no pondrá estos dos excelentes retratos al nivel de dos excelentes cuadros? Otros tres retratos del mismo autor hay en esta sala, el del Sr. Oshea, en el pintoresco traje, de los héroes de W. Scott, rodeado de aquella poética naturaleza septentrional que tan admirablemente pinta el gran bardo escocés; el de un lindísimo niño, de cuerpo entero, hijo, segun hemos oido, del Sr. Conde de Ezpeleta, y por último, el de un hermano del pintor, D. Luis, hoy pensionado en Roma por el estudio de la pintura, y jóven de grandes esperanzas á juzgar por el cuadro que presentó hace pocos meses al concurso y por los retratos que ha espuesto este año en la sala segunda.

En la antes citada del trono se hallan tres cuadros del Sr. Tejero, dignos de la bien ganada reputacion de este apreciable pintor; parecen sin embargo que con razon se ha tachado generalmente de poco adecuada al asunto la figura de su *S. Sebastian*, cuya expresion, mas que de un mártir cristiano, es de un gallardo héroe gentil. Su retrato del Sr. Puche y Bautista es excelente, y su *S. Antonio* deja muy poco que desear, en especial la figura del Niño Dios, que es bellísima.

El cuadro que mas trae la atencion en la sala segunda es el que llaman *de la Caridad*, por el Sr. Esquivel. Hay en el conjunto de esta obra, notable en algunas de sus partes como todas las que salen de manos de tan acreditado artista, cierto sabor á lámina de novela moral del siglo pasado, á lo que pudiéramos llamar *la pintura sentimental*, uno de los peores géneros que conocemos. Sentiríamos que el Sr. Esquivel perseverase en él; no lo esperamos de su feliz talento. Por lo demas, algunas de las figuras del primer término tienen muy buen colorido, y el pais está tocado con gracia y naturalidad. Los retratos del Señor Ferrant (D. Luis) que se ven en esta sala, son muy

buenos, y el de la bella Sra. de Miranda, que está detrás del cuadro del Sr. Equivel, es uno de los mejores que ha pintado el Sr. Mafrazo (D. Federico). Un cuadrillo de D. German Hernandez, que representa á Jesus y la Samaritana, manifiesta en su autor, nuestro en la palestra artística, las mas aventajadas disposiciones. Las figuras son de muy buena estilo y de un carácter perfectamente adecuado al asunto; los ropajes tienen mucha elegancia y cierta sencillez y compostura antiguas. Demos cordialmente el parabien al Señor Hernandez por su feliz ensayo. Mucho nos ha gustado tambien la *vista de Nápoles*, por el Sr. Gallego. Hay en ella mucha luz y un vivo sentimiento de la bella naturaleza.

En la sala tercera hay cuatro estatuas pequeñas, por el Señor Medina, bastante bien ejecutadas, y por descontado muy superiores á su *Esculapio* del colegio de S. Carlos. Hay tambien en ella varios cuadrillos de perspectiva, de animales, y de géneros por los Sres. Gelibert, Palmerola, Ortega y Kuntz. De este pintor hay un interior del Escorial muy bello en la sala segunda. Dos marinas del Sr. Brugada (D. Antonio) que representan la *Pesca milagrosa* y la *Tempestad apaciguada* son sin duda de lo mejor que hay en esta sala (la tercera). En ambas se ven trozos excelentes y detalles llenos de verdad; el conjunto de la escena en una y otra, tiene un carácter grandioso;

pero las nubes en general nos han parecido durísimas, y las figuras, para ser accesorias, demasiado grandes. Del tamaño que las ha hecho el autor, ya exigen mayor estudio en su composicion y ejecucion. Idea poco feliz nos parece la de haber puesto á Nuestro Señor J. C. orando para que se apacigüen el mar y los vientos. De mejor efecto creemos que hubiera sido representar al Salvador sosegándolos con su mano y su mirada por un acto de su voluntad suprema y de su misericordia infinita. Se ven ademas

en esta sala varios retratos de los Señores Darcos y Ugalde, muy estudiados y de buen colorido; dos retratos del Sr. Gomez y algunos otros de escaso mérito. Ya desde aquí empieza la exposicion, con rarísimas escepciones, á ser poco digna no ya de una capital, sino hasta de un oscuro pueblo de provincia.

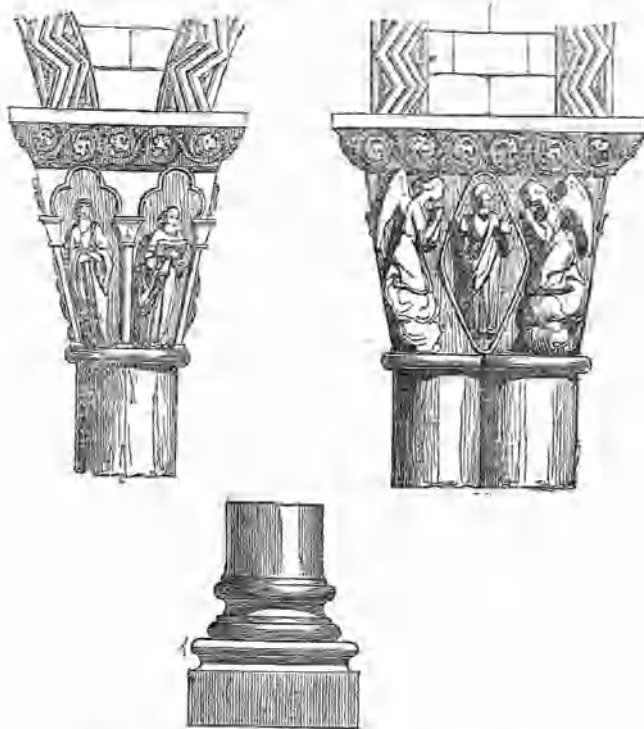
Entre esas escepciones citaremos dos buenos retratos del Sr. Cortellini; el cuadro de la *Rendicion de Granada*

por el Señor Contreras, que se halla en la antebiblioteca, y en el que se descubre mucho porvenir; varios retratos de Señoras, pintados por las Señoritas Dulongval y Gumucio, que manifiestan buena escuela, grandes adelantos y una ejecución simpática. Antes de salir de esta sala (la antebiblioteca) hagamos mencion, como es justo, de varios dibujos de arquitectura muy notables que recientemente se han colocado en ella, y son el *Proyecto de un puente monumental* por el Sr. Lema, muy bien ideado y ejecutado con gusto y buen estilo, lo mismo que los del Señor Mitjana de las Doblaz jóvenes de grandes esperanzas, que tras largos estudios en el extranjero, ha encontrado en Toledo, Segovia, Sevilla y Granada, vasto campo donde ejercer su talento. El Alcázar de Segovia, la torre de la casa que habitó Don Alvaro de Luna, las iglesias bizantinas de esta antigua ciudad, el castillo de Guadamur; los dibujos de todos estos edificios, revelan su aplicación

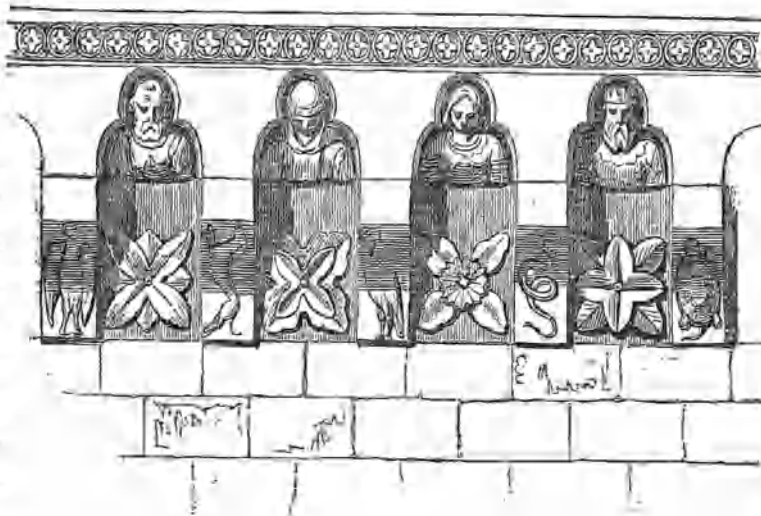
y aprovechamiento en los estudios arquitectónicos. Publicamos algunos preciosos fragmentos que nos ha facilitado y que habrán de servir de ilustración á nuestra revista, ya que en la exposicion de este año no figura ningun cuadro nuevo digno de adquirir popularidad por medio del buril.

En la sala de retratos hay un pais de D. Fernando Ferrant, en cuyo primer término tienen no poco que estudiar los que se dedican á este género, difícilísimo si se ha de brillar verdaderamente y no des-

ARQUITECTURA ROMANO-BIZANTINA.—SEGOVIA.



Capiteles y bases de la Iglesia de San Esteban (siglo X.)



Cornisamento general de la Iglesia de San Martin (siglo XI.)

Imbrar en él con falsos tonos y resplandores. Los dos jóvenes hermanos Ferraut deben contarse en el número de nuestros artistas de más talento, aplicación y conciencia: de año en año se advierte en ellos progreso evidente. Un cuadro, mejor dicho, un boceto del Sr. Corona, que representa á *Las Marias caminando al sepulcro*, nos ha gustado mucho; hay en él sencillez, expresión y buen colorido. Por desgracia, estas dotes no están más que indicadas, no son más que buenas intenciones, pues la obra, como ya hemos dicho, no pasa de ser un bosquejo. También revela muy buenas disposiciones el cuadro del Señor García, que representa al Salvador, después de la resurrección, apareciéndose á María Magdalena.

Creemos que no se nos ha pasado por alto ninguna obra, ó á lo menos, ninguna autor digno de mención; si así no fuese, lo sentiríamos de veras, pues nuestro propósito ha sido hacer justicia á todos. Por desgracia, en la exposición de este año, algunos de nuestros buenos pintores brillan solo por su ausencia: no es pues extraño que hayamos sido breves, y pocos de elogios. Los aficionados á las artes lamentan que no hayan espuesto obra alguna los Sres. Rivera, Espalter, Camaron, Carderera, Mendez y algunos otros. ¿No es esto un argumento mas en comprobación de lo que decíamos al principio de este artículo? En efecto, de un año á otro no es fácil que todos, ni aun los mas de nuestros principales artistas ejecuten obras dignas de exponerse al público; en medio de la gran penuria de encargos artísticos que se advierte en estos tiempos calamitosos.

M. S.

FENOMENOS PSICOLÓGICOS.

NOVELA.

IV.

El personaje misterioso se despeja completamente del incógnito.

¿Por qué no?—Ya es hora de que nuestros lectores sepan quien es. Bastante hemos excitado su curiosidad, obligándoles á preguntarse á sí mismos: ¿Será un Antony, será un D. Joan, será un Werther?—Y efectivamente, era un Werther que se llamaba Ricardo de Guzman, y que—fenómeno esotérico—juntaba á una dosis considerable de poeta, una fortuna no menos considerable.—En nuestros tiempos hay algunos ejemplos—no muchos—de escritores que tienen coche; de lo que hay muy pocos es de los que reúnen lo ideal á lo positivo, y que en medio de las comodidades y del lujo se remontan al cielo en alas de su ardiente fantasía.

Uno de esos pocos era Ricardo; huérfano y solo en el mundo desde temprana edad, dotado de un talento exaltado y de pasiones impetuosas, adquirió su carácter un tinte melancólico, que pronto tomó un colorido mas marcado de misantropía. A fuerza de creerse desgraciado llegó á serlo, poseyendo cuanto proporciona la felicidad; á fuerza de llamar monstruos á los hombres en sus versos, se acostumbró á juzgarlos tales; y en fin, á fuerza de llamar ángeles á las mugeres, se convenció de que realmente lo eran. Desde entonces no quiso estudiar aquello que describía; y mirándolo todo por tan engañoso prisma, vertió la amargura de su corazón en sus composiciones; habló en ellas de sus esperanzas perdidas; de sus desengaños, de sus dolores, de esas mil cosas de que el resto de los poetas hablan por lo comun riéndose.—Los que conocían á Ricardo le llamaron *esotérico*, calificación moderna y elástica, que se aplica indistintamente á la tontería y á la locura, á la ridiculez y á la grosería, especie de escudo con que el egoísmo se resguarda á veces; espeso velo debajo del cual se esconden con frecuencia la estupidez ó la ignorancia.—En esta sociedad singular donde víctimas, tan propensa

á la afectación, tan inclinada á lo extraordinario, la *esotéricidad* ha sido y es una moda, especialmente en los poetas. Cualquiera cosa se le perdona al hombre menos la sencillez, menos la naturalidad; aquel que habla como todos, que hace lo que todos, que no se levanta por sus vicios, ni por sus estratagancias sobre el nivel de los demás, es perdido. Desde que Byron fué no solo un tipo literario, sino un tipo individual, no hay casi un escritor que se contente con ser lo que la naturaleza le hizo, ni que no aspire á pasar por un *carácter*. La originalidad es, pues, la manía de la época; pero no se olvide que esa palabra tiene dos sentidos, y que es mas comun encontrar realizado el uno que el otro.

Ricardo pasó, pues, por *esotérico*, y nadie se maravilló de oírle hablar en estilo lúgubre, ni de verle huir del trato social, ostentando una desesperación que rayaba en cómica por lo mismo que era trágica. Algunos se encojían filosóficamente de hombros, creyendo que llevaba la afición demasiado lejos, y juzgando un poco antiguo el tipo que había elegido y desarrollado.

Así vivió Ricardo los primeros años de su juventud; adorando á las mugeres... á conveniente distancia; llamándolas querubines á boca llena, y apellidando demonios á sus compañeros del sexo masculino. No se crea que la sociedad le censuraba; no, al contrario, le buscaba, le seguía, le aplaudía. Era joven, era bello, era rico, tenía talento... en consecuencia todo se le perdonaba.—Mas de una muger del gran mundo había soñado sonriendo la conquista de aquel hombre, que ora cantaba dulcemente sus ilusiones ora arrojaba con osadía su bala y su escarnio á la humanidad.—El atrevimiento es otra de las cosas que esta admira; por eso le teme y le respeta; por eso á la timidez la injuria y la ridiculiza.

Vió Ricardo á la Condesa, y amó por primera vez. Fué detrás de ella á todas partes; suspiró, gimó, lloró mas que de costumbre; pero en vano, porque Julia se hallaba rodeada de una corte demasiado brillante y numerosa de adoradores, para parár la atención en el pobre poeta, cuyo rostro compungido y tético formaba singular contraste con las fisonomías francas y alegres de los *dandys* y de los *leones*.

Sig eubargo, mientras la Condesa no veía á Ricardo, le había visto otra muger en quien él no reparaba, porque fijó su corazón y sus ojos en la una, parecíanle sombras de indefinible figura las que la acompañaban, seguían y festejaban.

Pobre Sofia! Habíase engañado creyendo que á ella se le tributaba aquel culto ferviente y asiduo. ¡Pobre Sofia! Habíase honrado juzgándose objeto de aquel amor que parecía mas sincero cuanto que era mas tímido y respetuoso! ¡Pobre Sofia! Había empezado por mirar á Ricardo, interesándose luego por él, y acabando por amarle! Y como el amor tiene por símbolo y atributo una venda, la inocente niña fué bastante ciega para no conocer que no le iban dirigidas las ojeadas, ni dedicados los suspiros de que hacia uso y aun abuso el poético-poeta.

Tal era, pues, la situación de los principales personajes al comenzar nuestra historia; Ricardo amaba á la Condesa, la cual no lo sabia; Sofia amaba á Ricardo, y este no lo sospechaba siquiera.—Había un lastimoso error, origen de deplorables consecuencias, había un *quid pro quo*, mas sensible por lo mismo que Sofia y Ricardo habían nacido para amarse y para comprenderse.

Viendo Guzman que eran inútiles sus esfuerzos por llegar hasta la Condesa, torjó en su imaginación una novela que le hiciese aparecer como un héroe de abnegación, de amor, de sufrimiento. Ideó mil planes, que fueron meditados y desechados sucesivamente; y vino por último á fijarse en el que le hemos visto llevar á cabo con tan feliz éxito. Y de propósito decimos *feliz*, porque había conseguido mas de lo anhelado, pues el poeta nunca pudo soñar con la hospitalidad benéfica que recibía en casa de la que amaba.

Importa mucho que se persuadan nuestros lectores

res del carácter esotérico de Ricardo: sin duda hubiera podido ser presentado prosaicamente á la Condesa; pero esto era lo que le horrorizaba. Quería él que una aventura cualquiera, mas ó menos misteriosa, mas ó menos poética, lo pusiera en relaciones con Julia. Lo vulgar, lo comun, lo frecuente le inspiraba soberano desden. Así al ver logrado su objeto, sonrió con alegría; así al hallarse acogido por la Condesa, exclamó lleno de júbilo:

—Como Antony! Como Antony!

Y advirtamos de pasada que este personaje fantástico y extraño de Dumas, era el bello ideal de Guzman; y que más de una vez habia modelado sus principios y sus acciones por los de aquella creación odiosa y repugnante del difunto romanticismo.

V.

Donde se prueba que cuando uno no quiere, dos no se aman.

Despejada ya y clara la situación especial de nuestros actores, sigamos narrando las diferentes escenas del drama.

¡Qué dulce fué la convalecencia para Ricardo! Tendido sobre un cómodo sillon, y colocado entre las dos hermanas, miraba á la una, y escuchaba á la otra, que leía con sonora y argentina voz algun trozo de sus mismas poesías, ó un pasaje interesante de alguna novela. Parecía, pues, que una armonía celestial recreaba su oído; que los ángeles y querubines le azotaban dulcemente el rostro con sus blandas alas; y que los mil perfumes de Oriente embriagaban sus sentidos. En medio de aquel éxtasis religioso á la par que profano, estrechabase de deleite, inclinaba la cabeza, entornaba los ojos, y se dormía! Sus sueños eran entonces mas seductores y mas voluptuosos aun, y de ellos despertaba con la imaginación no menos ardiente, ni menos exaltada.

Otras veces paseábase por el jardín apoyado en el brazo de Sofía, sintiendo debajo del suyo los latidos del corazón de la niña, y palpitando igualmente su corazón porque pensaba siempre en Julia. ¡Muy deliciosos eran aquellos días apacibles y serenos para los dos!—Sofía iba junto al hombre que amaba; Guzman no estaba lejos de la mujer por quien solo vivía; y ambos, juguete de su ilusión, gozaban placeres inefables.

Una tarde, despues de dar la vuelta al jardín en completo silencio, habian venido á sentarse en un bosquecillo (un espeso de madreselvas y jazmines, que las enlazadas ramas formaban un verde dosel sobre sus cabezas.—El rostro pálido y hermoso del poeta habia adquirido con el cansancio y la agitación un ligero matiz de rosa; sus ojos de ordinario tristes brillaban con un resplandor febril; sus labios casi siempre cerrados, se entreabrían con una grata sonrisa. Y Sofía alónta de aquel cambio, no apartaba la vista de su amante, esperando oír por fin la mágica palabra que esperaba tanto tiempo inútilmente. De repente una nube sombría vino á oscurecer el semblante de Ricardo, quien arrancó tambien un profundísimo suspiro.

—¿En qué piensa V., amigo mio? preguntó la jóven con viva emoción.

—Pienso en que muy pronto estaré bueno, y me será forzoso abandonar esta casa.

—¿Y qué importa? No podrá V. venir á ella cuando quiera?

—Ah!... repuso Guzman, estremeiéndose. No será lo mismo! No la veré al despertarme, ni antes de dormirme, ni oír en sueños su dulce voz, ni aspiraré el ambiente que respiro, ni en fin, apoyaré mi brazo sobre el suyo! Y luego, añadió como delirando, ¿sé yo por ventura si me ama?

Sofía quiso hablar, mas no pudo; y trémula, agitada, ruborosa, estrechó entre las suyas la mano de Guzman.

—Y si supiera V. como le adoro! prosiguió diciendo aquel con una exaltación que iba en aumento. Si supiese V. que ella, ella sola, puede darme la vida, ó causarme la muerte!—Cuando pienso en su amor; me

vuelvo loco de alegría; cuando pienso en su desvío, me vuelvo loco de dolor!... Sofía! añadió llevando á sus labios la temblorosa mano de la jóven, compadezcame, V. compadezcame V!.

—¿Y por qué compadezciera, articuló Sofía débilmente, si es V. amado?

—Amado! exclamó Guzman levantándose fuera de sí. Amado! repitió saboreando esta palabra, y derramándola como un bálsamo sobre su corazón.—Sofía! repuso. Dígame V. que es cierto; diga V. que no me engaña... diga V. que es verdad esa ventura incomparable!

Y hablando así, puso una rodilla en tierra, y cubrió nuevamente de besos los rosados dedos de Sofía.

—Ricardo! Ricardo! prorumpió esta sin poderse contener ya. ¿Acaso no lo ha adivinado V.? ¿Acaso no ha leído V. en mis ojos la respuesta que me pide? Pero si tal vez quiere V. oírlo de mi lábio, sí, sí, Ricardo mio, yo le amo á V., yo le amo á V!...

Profirió Guzman una exclamación de asombro, y púsose en pie instantáneamente como movido por un resorte.

—Sofía, dijo con rapidez y sin calcular el efecto terrible de sus palabras; es á Julia á quien yo amo!

Exaltó la pobre niña un grito agudo, llevábase primera las manos al corazón, despues al rostro; vaciló un momento, y despues cayó en tierra como herida por el rayo.

En el punto mismo en que el poeta, deplorando aunque tarde las consecuencias de su brutalidad, iba á lanzarse á socorrerla, sonó rumor entre el follaje, y apareció en seguida el noble y altivo conde del Duque de S. Alberto, mas severo y mas ceñudo que nunca.

Quedóse Guzman inmóvil de sorpresa al verle.

—No la toque V.! dijo Enrique colocándose delante de Sofía como para protegerla. No la toque V., misabello, despues de haberla asesinado!

Hablando de este modo, tomó en sus nervudos brazos el cuerpo inanimado de la jóven, y desapareció rápidamente con ella por el mismo sitio por donde habia venido.

Aun permaneció Ricardo algunos instantes sin movimiento y sin voz; al cabo, volviendo de su asombro, comenzó á recorrer las umbrías calles del jardín como un insensato. Golpeábase con furor la frente; mesabase los erizados cabellos; y de sus labios cárdenos escapábanse frases inconexas.

VI.

De como en el mundo el castigo sigue siempre á la culpa.

Cuando principiaba á calmarse el febril arrebató de Guzman, y al dar la vuelta á un bosquecillo de tilas, encontróse inesperadamente con la Condesa que mas hermosa, mas risueña, y mas amable que nunca, se dirigía sonriendo hácia él. Estremecióse Ricardo al verla.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó ella con blandísimo acento. Por qué corre V? Huya V. acaso de mí?

—Señora, repuso el poeta lúgubrememente, huyo de mí mismo; huyo de mí misma, huyo de mi razón! Miraba Julia atónita al oír este lenguaje, aunque ya estaba acostumbrada al estilo peculiar del jóven.

—Sí, sí, prosiguió con vehemencia; yo he herido á su hermano de V. en el corazón; he sido brutal, insensible con ella... he pagado su cariño con la mas inaudita barbarie!

—Cómo! exclamó la Condesa mas admirada que nunca. ¿Sofía le amaba á V., Ricardo?

—Pero yo no la amaba á ella; pero yo solo la amo á V!

Retornóse Julia al oír estas palabras, y pintóse en su rostro una expresión indefinible de disgusto y de desden.

—Y lo creerá V. señora? añadió Ricardo. Despues de escuchar la revelación de aquel afecto puro; despues de provocarla con mis confianzas imprudentes, fui bastante cruel para descubrirla sin rebozo la pa-

sion que V. me inspira, que V. misma ignoraba, y cuya llama impetuosa acaba de escaparse en este momento terrible de mi alma.—Yo no sé, Julia, si V. me comprende, si V. me perdona; yo no sé sino que este cariño es mi ser, y mi vida, y mi sangre; que está en todas partes, en mis labios, en mis venas, en mi cabeza, en mi corazón; que él se derrama al menor impulso; que él se revela al menor esfuerzo. Julia, Julia, prosiguió arrojándose á sus pies, y queriendo asirla una mano; tenga V. lástima de mí! Ha mucho tiempo he vivido sin mas esperanza, sin mas ilusión, sin mas idea que esta; mucho tiempo he pensado en la felicidad con V., ó en el sepulcro sin ella.

Al llegar aquí, interrumpióle una carcajada sonora y prolongada.

—Amigo mío, dijo la Condesa en tono sarcástico y burlón; ¿está V. seguro de no haberse vuelto loco?

Esta frase horrible vino á clavarse como un puñal en el corazón de Ricardo.

—Loco? replicó con amargura. Loco? Si; lo estoy. Sino ¿cómo hubiera despreciado el cariño de Sofia y mendigado el de V.?

Sintió Julia el certero golpe que le iba dirigido, y bajó la cabeza vencida y humillada. Pero pronto recobró su calma y su frialdad habituales.

—Seamos amigos, dijo con dulzura, ya que no podamos ser otra cosa. Si he sido cruel con V. ahora, V. lo fué antes con Sofia; de suerte que todo está compensado. Olvidemos, pues, estas locuras, y dejéme V. hacer una reconciliación completa, empezándola los dos.

Hablando así, tendió una mano á Guzman, que este rechazó con dureza.

—Amistad, señora! exclamó! No, entre nosotros no puede haber mas que amor ó odio; sino me ama V., aborézcame, y no venga á ofrecermela que es un insulto y una irrisión!

—Yo no sé aborrecer á nadie, repuso la Condesa recobrando su tono burlón de antes, pero en cambio le ofrezco á V. mi olvido y mi indiferencia.

Y como acertase á aparecer por allí entonces el Baron, tomó negligentemente su brazo, hizo un saludo glacial al poeta, y se alejó solfando una segunda carcajada mas sonora é insolente que la primera.

Rincón Ricardo las niñas en el pecho; exaló un grito casi salvaje, y cayó de espaldas en tierra, como Sofia había caído poco antes.

RAMON DE NAVARRETE.

EL HOMBRE-PLAGIO.

De ningún modo podríamos dar una idea mas exacta de este tipo, por desgracia bastante comun en la sociedad, que haciendo el retrato de un individuo, en el cual se hallaban reunidas todas las circunstancias que caracterizan al hombre copia; individuo que por largo tiempo ha perseguido sin descanso á un nuestro amigo, D. Luis, que así se llamaba, era un hombre bulto, sin carácter propio, sin individualidad, semejante á un espejo malo que reproduce todo lo que pasa delante de él, alterándolo y echándolo á perder. Como no era un hombre completo, tomaba un poco de la individualidad de uno, un poco de la de otro, imitando y copiando servilmente á los que veía que lograban figurar en la sociedad. Ya hacia tiempo que nuestro amigo le habia servido de modelo, imitándole en el modo de andar, en el vestir, en las ideas, en las inflexiones de voz y hasta en aquellas frases y palabras que cada uno profiere habitualmente y las usa sin notarlas. Los vestidos de D. Luis eran semejantes á los de nuestro amigo, sus cabellos iban arreglados de la misma manera y su coxata anudada del propio modo; se apoderaba de sus opiniones políticas y literarias y de su dictamen sobre todas las materias. De esta suerte D. Luis habia llegado á ser el reflejo de nuestro amigo, hasta tal punto que muchas personas los encontraban parecidos, los creían amigos íntimos, y los tenían por iguales, siguiendo la costumbre general de buscar entre dos que simpatizan relaciones de genio, carácter y gustos. Con fre-

cuencia si nuestro pobre amigo daba su parecer sobre alguna cosa le decian: es singular pensais en esto absolutamente lo mismo que D. Luis; si entraba en una visita, exclamaban: oia, os habeis hecho un pantalón igual al de D. Luis, os pensais como D. Luis, os pareceis prodigiosamente á D. Luis.

En vano el original mudaba los trajes á medida que el hombre-plagio los imitaba, y por otra parte no podia mudar sus opiniones con tanta facilidad. Un día le dijo aquel: no comprendo nada mas necio y fútil que la imitacion y el plagio, D. Luis no vió en esto una reconvenccion, solo halló una idea de que podria aprovecharse. Algunos dias despues le preguntó en una reunion en voz alta: Qué le parece á V. ¿conoce V. nada tan necio y fútil como la imitacion y el plagio? Nuestro amigo se ruborizó de impaciencia. Los que estaban presentes pensaron que esto era de parte de D. Luis una manera de afearle la semejanza que existia entre ellos y que el plagio era nuestro amigo.

Los defectos de este adoptarlos por D. Luis y recargados por él chocaban mas y aunque no los hubiera recargado, hoy defectos que completan el conjunto de una organizacion, que son las consecuencias de ciertas cualidades que no pueden existir independientemente de estos defectos: estos son relativos y no se aperciben, pero si otro se apodera de ellos y los muestra separados de lo que les servia de cuadro, aparecen feos y desnudos.

Cosa muy apreciable es la individualidad. Nosotros no comprendemos como se puede desear parecerse á otro. Vale mas no ser nada y ser propio, que ser la parodia ó caricatura y aun solo una descolorida copia de un grande hombre; seria para desesperar á cualquiera el parecerse á Napoleon, á Voltaire, ó á Biron, porque entonces cada vez que se pensase en uno, se pensaria en el personaje á quien era parecido y el espíritu instantáneamente haria una comparacion. Por la misma razon una muger de belleza regular haria mal en presentarse siempre con otra de estremada hermosura y por lo propio es desagradable ir del brazo con un hombre de seis pies de alto.

Ahora bien; cuando para tener vuestra individualidad propia os habeis desprendido de todo lo que no os pertenecia, habeis podado todo lo que puede ser ingerido en vuestro carácter, y os quedasteis bajo y certero para no tener una estatura y robustez prestadas, es para desesperar hasta el extremo que llegue un pegote á robaros la mitad de lo poco que teneis. No habeis querido imitar á las personas mas distinguidas que vos elevándoos hasta ellas, y viene un hombre que establece una semejanza entre vos y él, os tira de los pies y os hace bajar á su mediocridad. Ya no sois un hombre completo, hay necesidad de ambos para formar un individuo, se os une y arrima á pesar vuestro, anda con vos dentro de vuestras botas, entra con vos dentro de vuestra piel á riesgo de hacerla estallar, se sirve de vuestras pasiones de vuestros vicios, de vuestras penas, de vuestros placeres; de todo esto no tenéis mas que la mitad, como no sea que os disgusteis tanto de vuestra naturaleza usurpada por él, que querais mejor pareceros á otro y os metais alternativamente en su pellejo, viéndoos expulsado por el usurpador de vuestros hábitos, gustos, pensamientos, sensaciones y defectos y entonces sois como un caracol sin concha.

El hombre que os espone á esta espantosa situacion, es vuestro mas mortal enemigo, tenéis derecho para matarle, porque saca de quicio vuestra vida entera, os hace ridiculo á vuestros mismos ojos y os quita hasta la propia estimacion.

Nuestro amigo adoptó en tal caso una resolucion definitiva. Un día se presentó en casa de D. Luis y le dijo: sé que V. no es rico, pueda ofrecerle un destino de quince mil reales en Cádiz. Sino le acepta V. nos batiremos y le mataré, estoy seguro de ello. Don Luis encontró la oferta un poco estravagante, aceptó el empleo y partió devolviendo así á su victima el reposo y la tranquilidad que la habia robado.